

«LA EPOPEYA DE LA CIUDAD»

NUEVOS POEMAS MONTEVIDEANOS —POR EMILIO FRUGONI

—Editor: Maximino García.

Emilio Frugoni deja caer, deshojados, un nuevo montón de poemas de ciudad. Un nuevo montón de poemas para Montevideo. Describe el poeta la ciudad de Montevideo. Lo sorprende en sus actitudes de todos los días y, ayudado un poco por la memoria de días vividos que ya pasaron del todo, va dando el canto para la ciudad que tanto quiere.

Emilio Frugoni lanza una nueva emisión de poemas montevidianos. Ya está en circulación esta moneda de belleza con el que el poeta va pagando los buenos ratos espirituales que gozó contemplando la urbe. Desde el rascacielos de su inspiración Frugoni contempla nuevamente a Montevideo. Montevideo es siempre la misma niña. Se ha puesto el trajecito moderno del ajetreo nuevayorkino y nada más. En lo íntimo, en su recoveco sentimental, Montevideo es Montevideo.

Con sus calles largas, sus casitas blancas, sus quintas, sus siestas apacibles, su Cerro inmutable, sus barcos silenciosos, su río que es un abrazo...

Así se le parece Montevideo a Frugoni. Frugoni, sin darse cuenta, describe la ciudad que vio. La ciudad que ya no existe. La Montevideo montevidiana. Hoy la ciudad es una mezcla terrible de todas las nacionalidades. Nos yanquizamos a escape. Padecemos la angustia del negocio a hora fija. Vivimos auscultando el cable. Volamos en ondas de 25 metros. Cambiamos a cada momento el automóvil usado por el nuevo.

¡Y cómo le cuesta a Frugoni confesar este cambio! En tres, en cuatro, en cinco poemas se arriesga por la urbe estremecida por el espanto del progreso a la americana. Enseguida, se vuelve a su Montevideo. Y va por las playas, por los cementerios, por el Cordón, por la Aguada, por la Unión, por el circo, por los conventillos, por las escuelas, por los muelles viejos de pescadores, por la tablada, por las quintas, por el Prado... Y a ratos, como vencido por una evidencia terrible, el poeta se mete por los barrios centrales, por las grandes tiendas, trepa en automóvil, vuela en avión, canta al dique flotante, describe los teatros estremecidos de jazz y habla de la multitud y de los rascacielos.

Emilio Frugoni es un poeta en la plenitud de las cinco letras de poeta. Yo le añado, con toda justicia, la pe mayúscula: Poeta.

Queremos dar, en esta breve impresión que nos produce su lindo libro, deseo de entrar en toda la obra que comentamos.

Queremos que el lector vaya a la librería en busca del volumen publicado. Por eso no hacemos transcripción alguna. La manía de transcribir me huele a cosa de Morgue. No quiero autopsias, ni preparados especiales. Compre quien esto lea el libro de Frugoni. Bien vale el peso que cuesta. Lea todo el texto, piense profundamente en la sensibilidad agudísima de este hombre que —bregando políticamente por otra parte— sale a la calle para recoger imágenes sutiles, para elaborar belleza y para darnos la auténtica instantánea de un Montevideo casi reciente que, —no sabemos si para suerte o para desgracia—, se va yendo, se va yendo...

Y a usted, Frugoni, nuestra enhorabuena.

ALFREDO M. FERREIRO